

San José, esposo de María y Padre de Jesús

I

"José hizo lo que le había mandado el ángel del Señor"

San José, "hombre justo", hizo lo que le había mandado el ángel del Señor". San José, el hombre justo, que hizo lo que le había mandado el ángel del Señor, se presenta a la Iglesia como modelo de obediencia, de vida interior, como el hombre del trabajo, el custodio del Redentor y protector de la Iglesia. Él sabe escuchar la voz de Dios, escucha y reflexiona sobre los hechos y palabras de Dios; por eso, después de María, de él también pueden decirse que "su padre conservaba cuidadosamente todos estos recuerdos en su corazón", y "mi padre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica". Brillan en san José, sobre todo, las virtudes de la vida oculta, en un grado proporcionado al de la gracia santificante: la virginidad, la humildad, la pobreza, la paciencia, la prudencia, la fidelidad, que no puede ser quebrantada por ningún peligro; la sencillez, la fe, esclarecida por los dones del Espíritu Santo; la confianza en Dios y la más perfecta caridad. Guardó el depósito que se le confiara con una fidelidad proporcionada al valor de este tesoro inestimable"¹.

Consideramos que siete son las virtudes centrales que podemos practicar en la imitación a san José: humildad, caridad, obediencia, castidad, prudencia, justicia y fidelidad. Estas virtudes son notas características de espiritualidad de la Asociación, vienen a darle identidad y un estilo propio. La vivencia de estas virtudes manifiesta la madurez humana y cristiana que se ha de buscar, y con la cual se ha de vivir el compromiso serio con el evangelio de Jesucristo, buscando la santidad desde la entrega apostólica. Estas virtudes son dinámicas y, la práctica de ellas, ha de ser en dos direcciones: hacia el interior de la Asociación, es decir, en las relaciones con los demás miembros del grupo y practicadas también en nuestro apostolado que hemos de realizar. "San José es la prueba de que para ser buenos y auténticos seguidores de Cristo no se necesitan «grandes cosas», sino que se requieren solamente las virtudes comunes, humanas, sencillas, pero verdaderas y auténticas"². En esta ocasión, sólo quiero proponer la virtud de la obediencia: San José, llamado a ser el Custodio del Redentor, "hizo como el ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer" (Mt 1, 24)³.

Como un niño va tranquilo de la mano de su padre, aunque no sepa ni a dónde va ni por dónde, así el humilde camina en su vida procurando obedecer en todo los

1 LAGRANGE G, San José, Buenos Aires, 1947, p.301

2 Redemptoris Custos 24

3 Redemptoris Custos 1, 1

mandatos de su Padre. En cambio el soberbio no puede obedecer al Señor, pues se fía más de los pensamientos y caminos humanos que de los juicios y normas divinos. Por esto, lo que caracteriza a los cristianos es precisamente que, aceptando el espíritu filial de Cristo, han pasado de ser "hijos rebeldes" (Ef 2,2) a ser humildes "hijos de obediencia" (1 Pe 1,14). Semejante espíritu de humildad, iluminado por la luz de la fe, obliga al hombre a inmolar, en cierto modo, su voluntad mediante la obediencia. "Fue el mismo Cristo quien estableció, en la sociedad por él fundada, una legítima autoridad, encargada de perpetuar la de Él para siempre; por ello, quien obedece a los superiores, en la Iglesia, obedece al Redentor mismo"⁴.

La obediencia es un valor sacerdotal de primordial importancia; pues la obediencia de Cristo, que se ha hecho Siervo obediente hasta la muerte de Cruz (cf Fil 2, 7-8), está en el mismo corazón de su Sacerdocio. Por tanto, al igual que para Cristo, también para el presbítero la obediencia expresa la voluntad de Dios, que le es manifestada por medio de los Superiores⁵. Así lo hizo san José: hizo como le había ordenado el ángel del Señor y tomó consigo a su esposa. Lo que él hizo es genuina "obediencia de la fe" (Cfr. Rom 1, 5; 16, 26; 2Cor 10, 5-6)⁶. En efecto, la actitud fundamental de toda la Iglesia debe ser de religiosa escucha de la Palabra de Dios, esto es, de disponibilidad absoluta para servir fielmente a la voluntad salvífica de Dios revelada en Jesús. Ya al inicio de la redención humana encontramos el modelo de obediencia -después del de María- precisamente en José, el cual se distingue por la fiel ejecución de los mandatos de Dios⁷.

"San José habla poco pero vive intensamente, no sustrayéndose a ninguna responsabilidad que la voluntad del Señor le impone. Nos ofrece ejemplo atrayente de disponibilidad a las llamadas divinas, de calma ante todos los acontecimientos, de confianza plena, derivada de una vida de sobrehumana fe y caridad y del gran medio de la oración"⁸.

II

El hombre humilde, trabajador, fiel y justo

Estamos a dos semanas de la Pascua. Durante la Cuaresma no solemos celebrar fiestas de santos, pero hacemos una excepción con la figura entrañable de san José. Es un santo popular, porque el pueblo cristiano le ha visto en los evangelios como un hombre humilde, trabajador, fiel, "justo", íntimamente unido a Jesús y a María. Por eso se

4 Menti nostrae 9, 3

5 Cfr. DMVP 61, 1-2.3

6 Redemptoris Custos 4, 2

7 Redemptoris Custos 30, 2

8 JUAN XXIII, Alocución, 17-111-1963

le tiene como abogado de la buena muerte, modelo del mundo del trabajo, maestro de vida interior y patrono de la Iglesia universal.

Lo que sí tendríamos que hacer es "orientar" su recuerdo hacia la Pascua, para que no nos distraiga sino, al contrario, nos ayude en su preparación. San José puede considerarse modelo de los que quieren estar en unión con Cristo y aceptar en su vida los planes de Dios, aunque no los entiendan del todo.

Es muy poco lo que los evangelios nos dicen de san José. La vida del carpintero de Nazaret no sobresale ni destaca por su espectacularidad, sino por su fidelidad. Los textos que hemos escuchado nos dan la pista de nuestra búsqueda: José es un hombre justo. Un hombre que se deja conducir por Dios. Un hombre que responde con generosidad a su llamada.

Hoy nos vamos a fijar en dos aspectos de la figura de san José que pueden iluminar nuestra propia vida. En primer lugar, José es un hombre abierto al misterio de Dios, que acoge su llamada con espíritu de disponibilidad.

Cuando Dios se manifiesta, siempre trastorna nuestra vida, siempre nos sorprende. Cuando Dios se hace presente en la vida de los hombres, lo que cuenta, lo que es decisivo no son nuestros preparativos, nuestros proyectos, sino la acogida que damos a su llamada. Cuando Dios se manifiesta, "todo es gracia" y por lo tanto, todo depende de la fe.

Abrahán, como san José José, supieron acoger el misterio de Dios que irrumpía en sus vidas. Confiaron en la Palabra de Dios.

Confiaron en ella "contra toda esperanza", aceptando el riesgo que siempre supone la fe, sin verlo todo claro de una vez para siempre, asumiendo con coraje las dificultades y las oscuridades del camino que emprendían. Su confianza, su disponibilidad, su actitud de dejarse guiar por El los convierten para nosotros en un modelo, un punto de referencia.

Ante Jesús, los hombres demasiado llenos de sí mismos, demasiado confiados en sus posturas, en sus tradiciones, en su religiosidad, se volvieron de espaldas. Por el contrario, los hombres que tenían un corazón sencillo, abierto, disponible, un corazón capaz de sorpresa y de esperanza lo acogieron. José era uno de esos hombres.

El segundo aspecto en nos podemos fijar, es lo que nos dice el evangelio: José hizo lo que el ángel del Señor le había mandado. Su fe se transforma y se traduce en fidelidad. Ha acogido con confianza la llamada de Dios y empieza a seguir con generosidad los caminos que Dios le señala.

Acepta la misión que Dios le da y la cumple sin ruido. No se pierde en discursos. Habla el lenguaje que mejor conoce, el que en definitiva importa: el lenguaje de los hechos. Su santidad radica precisamente en esta vida anónima y entregada, de trabajo y

preocupación por la familia, vivida como una respuesta fiel y generosa a la llamada de Dios.

Todos y cada uno de nosotros somos también llamados por Dios. Tenemos cada uno un lugar y una misión irremplazables en el plan de Dios. Debemos tener un espíritu atento para saber descubrir en nuestro trabajo y en nuestra familia, en nuestros ambientes y en nuestra comunidad las llamadas que Dios nos dirige a asumir, nuestra responsabilidad y nuestros compromisos.

Debemos tener también un corazón generoso que nos haga avanzar con decisión para hacer de nuestra vida una respuesta fiel y generosa a la llamada de Dios. Que esta eucaristía nos ayude a dar esta respuesta.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoleidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)